

ct

El salto de las tillandsias

de
Luis Fernando de Julián

(fragmento)

ESCENA 0

En la azotea de un edificio. CRISTINA y NAYIA forcejean tiradas por el suelo durante unos largos segundos. NAYIA consigue zafarse y rápidamente conquista la cornisa dispuesta a saltar al vacío. CRISTINA consigue sujetarla por la ropa, en el instante preciso, antes de que consiga saltar.

NAYIA
¡Suéltame!

CRISTINA
¡No!

NAYIA
¡Suéltame!

CRISTINA
¡No!

NAYIA
¡Suéltame o te tiro conmigo!

CRISTINA
¡No, no y no!

Oscuro parcial.

ESCENA 1

NAYIA, en La azotea de un edificio, con su mirada clavada en suelo. Sus pies están descalzos, sus zapatillas a un lado.

NAYIA

¿Por qué decimos “saltar”? ¿Por qué utilizamos ese verbo? Saltar implica tomar impulso, esforzarse, calibrar el punto al que se quiere llegar... Yo ya no quiero llegar a ningún punto. Ni siquiera quiero llegar al suelo. Me valdría cualquier destello de luz, certero y mortal, a mitad de camino... Dejarse caer. Eso sería más correcto. Dejarse caer. Soltar el único anclaje que nos sujeta y dejarse caer. Voluntariamente. Sin esfuerzo. Con toda la infelicidad saliendo a borbotones, escapando del impacto, mientras la gravedad impone su papel y resuelve en segundos. ¿A quién le importa el verbo que se utilice? Dejarse caer también es una acción. También es un final. Eso es lo único que cuenta. Lo único que debería contar. Cuando todo lo demás no ha importado a nadie... Un final. Tal vez erróneo. Tal vez desproporcionado... Pero, ¿quién tiene potestad para juzgarlo cuando no ha actuado previamente? Dejarse caer... Se convertirá en cuantificable. Al final todo se reducirá a un número. Una más. Dos. Cuatro. Tres mil novecientas diez... Tillandsias que se han dejado caer. Tan solo hay que soltarse... O tal vez saltar... No lo sé... Todas las palabras me parecen imprecisas... Saltar. Saltar... Sí, tal vez sea saltar...

Entra CRISTINA, empujando un carro de limpieza, y la escena cambia mostrándonos una habitación de hotel.

CRISTINA

¿Qué haces? ¿Otra vez? Sepárate de la ventana.

NAYIA no se mueve.

CRISTINA

Y ponte las zapatillas.

NAYIA no se mueve.

CRISTINA

¿Me estás escuchando?

NAYIA

Tillandsias que se dejan caer...

CRISTINA deja el carro de limpieza y va hasta NAYIA. Le agarra por los hombros y la zarandea separándola de la ventana.

CRISTINA

¡Vamos! ¡Ponte las pilas! ¡Estas camas no se van a hacer solas!

NAYIA

¿Sabes cuántos pisos tiene este hotel?

CRISTINA

Ni lo sé ni me importa. (*Le pone una bayeta en la mano a NAYIA*). Empieza a limpiar aquí, yo voy a limpiar el baño.

NAYIA no se mueve.

CRISTINA

¡Vamos! ¡Nos quedan muchas habitaciones por hacer!

NAYIA se mueve, despacio, para ponerse sus zapatillas.

CRISTINA

¡Venga! ¡Con energía!

NAYIA mantiene el mismo ritmo.

CRISTINA

A veces dudo de que la misma sangre corra por nuestras venas...

NAYIA

Suerte que tienes de que esa sea tu única duda...

Silencio.

CRISTINA

Toma. (*Dándole una bayeta*). Ponte a limpiar el polvo y deja de poner a prueba mi paciencia.

CRISTINA sale.

Silencio.

NAYIA mira de soslayo una y otra vez la ventana de la habitación del hotel. Deja caer la bayeta y se acerca a la ventana. Su mirada se esfuerza en encontrar el fondo de la caída al otro lado del cristal

NAYIA

De extremo a extremo se extiende un alambre
Delgado, invisible y resbaladizo
Sujeto por el tiempo y un nombre que se encoge.
De extremo a extremo se extiende la distancia.
Glotona, imparable y presente.
Un nudo en el olvido, un bucle en la voz.
De extremo a extremo se extienden...
Supervivientes suicidas.
Equilibristas sin vocación.
Remos partidos y tizas mojadas...

CRISTINA

(Desde fuera). ¡Sepárate de la ventana y sigue limpiando!

NAYIA

De extremo a extremo...

NAYIA da un paso atrás.

Oscuro parcial.

ESCENA 2

NAYIA da un paso al frente y se inclina dejando caer su cuerpo. GERANAKIS la sujeta, cogiéndola de la ropa, por la espalda.

GERANAKIS

(Al público). No puedo dejarla saltar. O caer. O lo que quiera que la vaya a llevar hasta el final. Qué importa el verbo utilizado. No puedo. *(Pausa).* Entiendo la inmensidad de su vacío, incluso es posible que lo comparta, pero no puedo dejarla... *(Pausa).* He llegado a pensar en saltar con ella, al mismo tiempo y cogidos de la mano, con tal de descubrir qué es hacer algo juntos. Pero tampoco puedo hacerlo. O tal vez no todavía... No puedo. No puedo. No puedo... ¿Hay algo que sí pueda hacer? *(Breve pausa).* Sujetarla. *(Pausa).* No he perdido mi país en una nube de guerra. Tampoco a mi familia en un océano de lágrimas. Ni mi idioma. Ni mi casa. No he perdido lo que hago desde que me levanto hasta que me acuesto. Yo no me he perdido nada. Pero ella... Ella está en el borde. En el límite. Con la inmensidad del vacío extendiéndose bajo sus pies e invitándola a unirse a él. Ella, ahora, sólo tiene dos opciones: o se sujeta o salta. *(A Nayia).* ¿Vas a sujetarte?

NAYIA

No lo sé.

GERANAKIS

No lo sé no es una de las opciones.

NAYIA

No lo sé es la realidad que se impone a todas mis opciones...

GERANAKIS

Entonces salta.

NAYIA

¿Por qué?

GERANAKIS

No lo sé.

GERANAKIS suelta a NAYIA. Esta se asusta y da un paso atrás.

GERANAKIS

¿Vas a saltar?

NAYIA

No.

GERANAKIS

Bien.

NAYIA

Hoy no.

GERANAKIS

(Silencio).

NAYIA

Eso es lo que somos, ¿no?

GERANAKIS

¿Qué?

NAYIA

Supervivientes suicidas...

Equilibristas sin vocación...

Remos partidos y tizas mojadas...

Pausa.

GERANAKIS

(Al público). Yo le descubrí ese poema... Como le descubrí las Tillandsias...

NAYIA sale. GENARAKIS empieza a convertir la escena en una oficina de migración. Coloca una mesa llena de papeles y carpetas, una silla para él y dos sillas más para atender a las personas que llegan. Mientras lo hace, el ruido de varios idiomas mezclándose acompaña la escena.

GERANAKIS

(Al público). Vivo como un equilibrista sobre el alambre, llegando muy justo a todo e incluso a veces sin llegar. He dejado mis estudios porque no puedo pagarlos. Vivo en un pequeño apartamento, herencia de mis padres. He conseguido un puesto en la oficina de migración. Es un trabajo temporal, prorrogable hasta un máximo de seis meses. Supongo que piensan que ese tiempo es suficiente para arreglar este problema de migración... Porque es un problema, aunque las distintas partes no lo entiendan igual. Me han dado una mesa, tres sillas y montón de carpetas que no voy a tardar en llenar con los cientos de expedientes que llegan a diario. Reconozco que he empezado mi trabajo con muchas ganas e ilusión. ¡Tengo trabajo! ¡Y además puedo ayudar a otras personas! *(Pausa).* Pero la burocracia lo engulle todo. Las ganas, la ilusión, las personas... Todo se convierte en un simple expediente que se suma a una montaña de papel cada vez más alta y hueca.

CRISTINA y NAYIA entran en escena y se sientan en las sillas para ser atendidas. NAYIA mantiene su mirada perdida por el suelo durante toda la escena.

GERANAKIS

(Al público). Llevo poco tiempo trabajando aquí, pero ya he empezado a llegar tarde... ¿Por qué? Porque he empezado a verlo como un pozo... Que me permite comer y pagar un alquiler, pero que

me traga por su infinita y oscura garganta... Hasta aquella mañana. Cuando llegué a mi puesto, ellas ya llevaban un rato esperándome. Dos hermanas. Nayia y Cristina. Aunque ese todavía no era su nombre. *(Pausa)*. Con el tiempo me he vuelto asquerosamente sincero. Ya no digo a nadie que todo va a salir bien, que comprendo su situación, que estamos trabajando para encontrar soluciones... y todas esas mierdas que me han dicho que tengo que soltar por mi boca para tenerla ocupada y no decir lo que realmente va a pasar: nada. Ahora solo ofrezco estrategias de supervivencia no oficiales. ¿Por qué? Porque si yo estuviese en el otro lado de la mesa, agradecería que me las contasen.

GERANAKIS se sienta en su silla.

GERANAKIS

(A Cristina y Nayia). Tendréis que hacer cambios porque no sois de aquí y eso es algo que os van a recordar a diario para justificar que no os permiten encajar, que no os permiten encontrar un punto al que sujetaros para empezar una nueva vida. Lo primero es dejar vuestro nombre. Cambiadlo para que allá donde vayáis puedan pronunciar algo parecido. Cambiadlo por otro que les sea más cercano, que puedan pronunciar sin posibilidad de equivocarse. Sin esfuerzo. Porque si tienen que esforzarse por vosotras, pasaréis a ser invisibles. Lo que no se ve no cuenta. Y lo que no cuenta no está. ¿Me estáis entendiendo?

CRISTINA

Sí.

GERANAKIS

¿Y ella?

CRISTINA

Yo entiendo por las dos.

GERANAKIS

Bien.

CRISTINA

¿Cómo podemos llamarnos entonces?

GERANAKIS

¿Qué tal... Cristina?

CRISTINA

Sí, ese nombre me gusta. ¿Y mi hermana?

GERANAKIS

(Al público). En ese momento me hubiese gustado decir: Su nombre será LA MUJER DE QUIEN ME HE ENAMORADO AUNQUE NO ME PERMITA ENCONTRARME CON SU MIRADA.

CRISTINA

¿Y mi hermana?

GERANAKIS

(*A Nayia*). Me gustaría ser el suelo para encontrarme de frente contigo.

CRISTINA

¿Y mi hermana?

GERANAKIS

(*A Cristina*). Nayia.

CRISTINA

¿Nayia?

GERANAKIS

Sí, Nayia.

GERANAKIS Y CRISTINA

Nayia. Nayia. Nayia. Nayia. Nayia. Nayia. Nayia. Nayia. Nayia...

El nombre de Nayia se repite una y otra vez mientras el sonido de los idiomas que se mezclan se hace más fuerte. GERANAKIS y CRISTINA retiran la escenografía y dejan sola a NAYIA en el escenario.

NAYIA

Nayia. Nayia. Nayia. Nayia. Nayia. Nayia. Nayia. Nayia. ¡Nayia! ¡¡Nayia!! ¡¡¡Nayia!!!

Silencio.